

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
Y  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**49-50**

*ENERO-JUNIO*

**1953**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

**DR. LUIS GARRIDO**

Secretario General:

**DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

DIRECTOR:

*Salvador Azuela*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria  
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$ 15.00
Exterior . . . . .	Dls. 2.50
Número suelto . . . . .	\$ 4.00
Número atrasado . . . . .	\$ 5.00

## S u m a r i o

### ARTICULOS

	Página.
Risieri Frondizi . . . . .	<i>La teoría del hombre de Francisco Romero</i> . . . . . 9
Manuel Olgúin . . . . .	<i>El fenomenalismo de Alfred J. Ayer</i> . . . . . 23
Juan A. Ayala . . . . .	<i>Jorge Santayana.—Vida y tragedia</i> . . . . . 37
Andrés Ávelino Jr. . . . .	<i>Fundamento metafísico de la estética platónica</i> . . . . . 49
Francisco Larroyo . . . . .	<i>El valor lógico de los métodos estadísticos</i> . . . . . 63
Oswaldo Robles . . . . .	<i>Objeto y tarea de la psicología clínica</i> . . . . . 73
Marguerite Edmondson de Shopereña . . . . .	<i>La prueba de Bender como exploradora de la función integrativa y su aportación a la psicología normal y patológica</i> . . . . . 81
Rogelio Díaz Guerrero . . . . .	<i>Ensayos de psicología dinámica y científica</i> . . . . . 97
Manuel Pedro González . . . . .	<i>Apogeo y rebalse de la novela en América</i> . . . . . 151
Frank B. Savage . . . . .	<i>Dominique de Pradt.—Una visión idealista de la independencia de América</i> . . . . . 171
René Marchand . . . . .	<i>Ensayo de interpretación del simbolismo</i> . . . . . 199
Xavier Icaza . . . . .	<i>Deslumbramiento en la pintura</i> . . . . . 209

		Págs.
Francisco Monterde . . . . .	<i>Dos aspectos en la lírica de Salvador Díaz Mirón</i> . . . . .	241
César Rodríguez Chicharro . . . . .	<i>El hombre de la situación. (Notas para una interpretación de un libro olvidado.)</i> . . . . .	253
Gregorio López L. . . . .	<i>Miserere, ironía eterna</i> . . . . .	263

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan Hernández Luna . . . . .	<i>El Laberinto de la Soledad. (Octavio Paz.)</i> . . . . .	271
Adolfo García Díaz . . . . .	<i>La filosofía científica. (Hans Reichenbach.)</i> . . . . .	291
Abelardo Villegas . . . . .	<i>La filosofía desde el punto de vista de la existencia. (Carlos Jaspers.)</i> . . . . .	298
Gregorio López L. . . . .	<i>Filosofía natural. (Eduardo May.)</i> . . . . .	302
Wonfilio Trejo R. . . . .	<i>Introducción a la ontología. (Louis Lavelle.)</i> . . . . .	304
Wonfilio Trejo R. . . . .	<i>La cultura egipcia. (John A. Wilson.)</i> . . . . .	311
Xavier Tavera Alfaro . . . . .	<i>El guadalupanismo mexicano. (Francisco de la Maza.)</i> . . . . .	315
Xavier Tavera Alfaro . . . . .	<i>Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria. (Daniel Cosío Villegas.)</i> . . . . .	317
José Almoína . . . . .	<i>América como conciencia. (Leopoldo Zea.)</i> . . . . .	319
José Almoína . . . . .	<i>Martí en Santo Domingo. (Emilio Rodríguez Demorizi.)</i> . . . . .	325
Ismael Diego Pérez . . . . .	<i>Un niño en la Revolución mexicana. (Andrés Iduarte.)</i> . . . . .	329
Clara Kenigsberg . . . . .	<i>Los pies descalzos. (Luis Enrique Erto.)</i> . . . . .	332
J. H. Luna . . . . .	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> . . . . .	337

## EL HOMBRE DE LA SITUACION

(Notas para una interpretación de un libro olvidado)

*El Hombre de la Situación*<sup>1</sup> es una novela de carácter histórico-cosmbrista. El espacio que abarca en el tiempo comprende desde la llegada a México de don Joaquín de Montserrat, Marqués de Cruillas, 44º virrey de la Nueva España, suceso que se produce el año de 1760, hasta, aproximadamente, el de 1832, año en que fué derribado por Santanna de la presidencia de la República don Anastasio Bustamante. Período extenso y rico en acontecimientos. Para que le sigamos en tamaña excursión por la historia de México, se vale el autor de *El Fistol del Diablo* de Fulgencio García padre y Fulgencio García hijo. El primero es un andaluz de pura cepa, criollo el segundo, y como consecuencia de su criollismo resulta más racista y discriminador que un tejano. Y con los dichos personajes centrales, más otros episódicos y de menor relieve nos embarca Payno en su peregrinar histórico. Pero fija más su atención nuestro novelista en las costumbres, en el ambiente que daba fisonomía propia a aquellos años, que en las ocurrencias dignas de señalarse con fecha precisa en los registros históricos. No acontece con Manuel Payno lo que con muchos de los *Episodios Nacionales* de Galdós, en los que la trama, el argumento tiene un carácter marcadamente circunstancial; para el genio galdosiano lo im-

---

1 Esta novela fué publicada por primera vez el año de 1861. La edición se agotó rápidamente, y don Luis González Obregón, por su antigua amistad con el autor, la hizo reimprimir, prologándola, el año de 1929 por Ediciones León Sánchez (Biblioteca Popular de Autores Mexicanos). Las historias de la literatura mexicana han tenido a bien no ocuparse de *El Hombre de la Situación*. Falta imperdonable, pues esta novelita, como tendremos ocasión de demostrar a lo largo de este trabajo, no es peor que muchas que sí aparecen registradas en las dichas historias literarias.

portante es el suceso cumbre, el hecho en sí que apenas aparece adobado o prendido en una fábula intrascendente. Es por esto por lo que muchos entes de los creados por el escritor canario no siempre están bien dibujados, no acierta a crear caracteres, pues sus personajes han de actuar bajo la tiranía de una verdad poco flexible, expuesta, además, de modo directo.

En lo que sí coinciden don Benito y Payno es en la despreocupación casi absoluta por lo que a estilo se refiere. Pero ello no debe inquietarnos, pues ese escribir sin preocuparse de hacerlo dentro del canon académico es muy del agrado de críticos y ensayistas<sup>2</sup> contemporáneos.

Payno refiere en ocasiones acontecimientos sonadísimos de la historia mexicana en una forma por demás somera. Tal ocurre cuando por decreto o bando del Marqués de Croix fueron expulsados los jesuitas.<sup>3</sup>

Payno no lleva de la mano a sus lectores por la capital y por los estados, no les obliga a que observen las revueltas a que esta expulsión (quizá un tanto injustificada) dió lugar. No. Deja este trabajo al historiador. Por su parte se limita a decirnos que Vengurren, ese pacífico gachupín vendedor de telas, sabiendo que su amigo Francisco Xavier Clavigero iba a ser desterrado de México se muere, en el sentido lato de la palabra, de tristeza. E incluso llega a insultar a su soberano, el primer *déspota* ilustrado español, el buen Borbón Carlos III:

“—El rey es un pícaro, Fulgencio —gritó lleno de cólera—. Ha desterrado a los jesuitas y a ese padre Clavigero, que era el mejor mexicano de toda Nueva España.” (Pág. 121, Ediciones León Sánchez, 1929.)

---

2 Don José Ortega y Gasset sostiene, en un interesante ensayo titulado *Cuestiones Novelescas (Espíritu de la Letra*, tercera edición, “Revista de Occidente”, Madrid, 1951), esa tesis: “El señor Massis subraya certeramente la incompatibilidad de la novela con el estilismo. Hoy todos los escritores son estilistas —desde Chateaubriand viene progresivamente produciéndose el fenómeno. ‘Advirtamos desde luego —dice Massis— que el procedimiento creador del novelista difiere esencialmente del propio al artista literario. La táctica del novelista no es otra que dirigirse entero hacia las cosas.’ El estilista, por el contrario, es un incansable Narciso literario...” (Pág. 96.)

3 Puede leerse este importante documento en el prólogo que escribiera don Julio Jiménez Rueda a *Capítulos de Historia y Disertaciones*, selección de la obra de Francisco Javier Clavigero (tomo 44, Biblioteca del Estudiante Universitario, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1944).

Pues bien, esta amistad del tendero y del sabio, se prestaba para que Payno se detuviera en el análisis de personaje tan singular, del carácter del *mejor mexicano de toda Nueva España*. Balzac nos hubiese dado un retrato físico y espiritual del autor de las *Disertaciones acerca de la tierra, los animales y los habitantes de México* que seguramente se hubiera fijado para siempre en nuestra imaginación. Más todavía: con imaginación hasta habría podido hacerle participar, en cierta medida, en la acción de la obra, como lo hubiesen hecho en coyuntura semejante, y no obstante lo anteriormente dicho, Galdós o Salado Alvarez. Como, por lo demás, lo hace el mismo Payno cuando el virrey Cruillas desembarca en Veracruz y dialoga con Fulgencio padre e incluso da a entender que el propósito del marqués no es otro que el de enriquecerse en plazo breve:

“—Mi señor padre me dijo: ‘Hombre... ve, recoge un poquillo de oro, y dentro de unas semanas te vuelves a tu casa...’ Conque ya ve usted, señor Marqués, que tengo algún quehacercillo.

—A eso vinieron también Cortés, Alvarado y Guzmán —dijo en voz baja el marqués— y a eso, en substancia, vengo yo también.” (Pág. 38.)

Pero no sólo se manifiesta esta voluntad de huir de la cosa histórica en lo relacionado con los jesuitas y su sonado destierro, sino que igual ocurre durante todo el lapso que cubre la lucha por la Independencia, con el efímero imperio de Iturbide y en lo que atañe a los gobiernos de don Guadalupe Victoria y de don Anastasio Bustamante.

Traemos todo esto a colación, porque creemos que no es dable afirmar que *El Hombre de la Situación* es, en el sentido que a la palabra le dieron en México Justo Sierra O'Reylly, Díaz Covarrubias y otros, una novela *histórica*. Si aceptamos que se encasille esta obra como una narración costumbrista, si no la primera, una de las primeras que se escribieron en nuestra patria.

Suele ser rasgo distintivo del costumbrismo mexicano una tendencia marcadamente moralizadora, una manía de predicar lo que debe hacerse aunque no venga a cuento. Y he aquí una diferencia notable que se advierte entre Payno y don José Joaquín Fernández de Lizardi. Payno nos presenta los hechos en forma grotesca, y a veces caricatural. Lizardi no satiriza: moraliza. Y a nuestro gusto le agrada más la actitud de Payno que la de

Lizardi. Aun cuando la sátira del primero es un tanto tosca, la preferimos a los largos parlamentos —paja— que con cualquier pretexto intercala Lizardi no era la de Payno, que Lizardi no se podía permitir ironizar, pues había una censura severa y México pertenecía aún a la corona española. Pero afirmamos que ahora, en nuestros días, nos tiene por fuerza que agradar más una novela en la que se nos indique lo que es malo sin que nos lo expliquen en prosa redundante, que aquella otra en la que el afán de adoctrinar y ejemplificar aparece presente en cada página.

Así, por ejemplo, Payno nos describe con sobrada gracia, aunque desgraciadamente con demasiado concisión, los métodos pedagógicos de un fraile betlemita. Llama al tal frailuco don Rodrigo y el lema de su centro de enseñanza era el famoso de: *la letra con sangre entra*. Nos damos clara cuenta que a Payno desagradaba tal método. Pero lo sabemos no porque él nos lo diga, sino por el retrato ridículo que del profesor hace; por la referencia a las disciplinas, palmetas, reglas y demás instrumentos de tortura con los que enderezaba a sus caros alumnos; por las súplicas de las *mamás* al *dómine* conformes en que no hay mejor manera de hacer hombres que acostumarlos al castigo desde niños. Idea ésta que aún hoy comparten muchos padres quejosos de la "blandura" de los maestros actuales.

"Todas las tiernas madres se habían apresurado a aprovecharse de la maravillosa invención, y acudían en tropel a hacer que las posaderas de sus adorados hijos recibieran ese bautismo y que les entrara el saber por una parte absolutamente distinta del cerebro.

—Lo raja usted vivo, padre, y me lo entrega muerto —le decían—; pero que sepa escribir, porque lo primero que debe tener el hombre, es una buena letra." (Pág. 88.)

Las sentencias que dictaba a los niños el profesor eran bien elementales y a tono con los tiempos:

"El rigor es el manjar con que se debe alimentar a la juventud."

"El niño que desobedece a su maestro, se hace reo de las penas del infierno."

"La pereza es un vicio que no se destierra sino con los azotes." (Pág. 89.)

Finamente observado este hecho trágico: el día en que se ahorcaba en la capital de la Nueva España a un delincuente que había robado tres gallinas, para evitar que los alumnos se torciesen y fuesen por el mal camino se les golpeaba ampliamente. Lo que nos da una clara idea de lo estúpido e inhumano de semejantes métodos educativos que no hace tanto tiempo que han sido desterrados.

Otro ejemplo de su propósito de ironizar nos lo ofrece al aludir a la absurda creencia que según él había en España de que en toda América, y particularmente en México, el oro abunda y basta caminar por la calle e ir recogiendo. El ejemplo del indiano enriquecido pudo en un tiempo alimentar esta ilusión en los más ignorantes de los españoles. Pero la verdad histórica es distinta ya que desde los primeros colonos de *La Isabela* que volvieron a España hambrientos, cargados de sífilis y temblando de fiebre,<sup>4</sup> hasta los repatriados al término de la guerra de Cuba, son muchas las generaciones de hispanos lanzados a la conquista del Eldorado americano que regresaron sin salud y sin blanca. Y el pobre de Fulgencio padre se lleva el chasco de su vida, pues recoge cuantas piedras brillan durante el largo trayecto que a lomo de mula hace de Veracruz a México, para averiguar por último que tales piedras no tienen ni la más mínima partícula de oro. Igualmente ironiza Payno acerca de la actitud de los españoles con los indios, actitud por demás cruel y vejatoria que, esa sí, puede justificarse con hechos.

La primera parte de la novela, la referente al muchacho andaluz ambicioso que se enriquece en un breve lapso, es por demás divertida. Y tiene el mérito de que todas las reacciones de este muchachuelo analfabeto, pero hermano en la literatura de otros rapaces pícaros, son lógicas. Desea ardentemente que se muera su patrón para heredar unos millonajes de pesos, y cuando los recibe los despilfarra. Vuelto de nuevo a la miseria no se acongoja en absoluto, y endereza sus maltrechas finanzas contrayendo nupcias con una judía marcada de viruela. Es, en suma, un personaje amoral, pero de aquel y de todos los tiempos. Le gusta derrochar y presumir y obtener honores. Su carácter es diametralmente opuesto al de Vengurren, su patrón: conservador, ahorrativo, preocupado sobremanera por la salvación de su alma (salvación que le aseguraban iba a conseguir de los frailes, curas y monjas que infestaban por aquel entonces nuestro

<sup>4</sup> *Los Viajes de Cristóbal Colón*. Alfonso Toro. Tomo I. México, 1954.

territorio, a cambio de los buenos pesos que el gachupín les entregaba), inmensamente rico pero falto de imaginación, y en consecuencia incapaz de gastar lo mucho que ganaba. Con todo, a mí me simpatiza más ese Fulgencio padre, alocado, ambicioso y absurdo que un día regala una fragata de medio millón de pesos al virrey Bucareli, y al día siguiente se encuentra con que tiene que vender su palacio y todo lo que en él había, endeudado hasta la coronilla como estaba. Un criado de Vengurren, Romero, fiel y sin criterio, que hace todo lo que le ordena su amo, que piensa lo que piensa su amo, es otro de los personajes centrales de esta primera parte de la novela.

Por lo que a los defectos más patentes que en ella pueden observarse cabe apuntar el de que el ambiente no ha sido del todo logrado por Payno. Consideramos que dar una imagen fiel de lo que era una ciudad y un pueblo de cien años atrás no es tarea nada fácil, y son contados los escritores que lo han conseguido plenamente. Pero, por lo demás, es un relato entretenido que en cierto modo entronca con las novelas picarescas españolas, pues Fulgencio García, pese a su prosapia y a su ascendiente glorioso (por cierto que en el proemio hay una extensa disquisición pretendidamente histórica acerca de Julio César y los Julios Garcías, que maldita la gracia que tiene), no es más que un sinvergüencilla andaluz, con menos gracia y con menos salero de los que derrocharon *Rinconete* y *Cortadillo* en las cuartillas del quijotesco Cervantes.

Por último

“la entrada del ejército trigarante, con el auxilio de sesenta y siete primaveras, se llevó al otro mundo a Fulgencio el grande.” (Pág. 156.)

Y con la muerte de tan simpático héroe, da Payno por concluida la primera parte de su obra, en la que mueren, también de resultas del peso de los años, los restantes personajes principales de la novela: Vengurren, Romero y Ana (personaje que por cierto aparece en contadas ocasiones y que no dice en el transcurso de toda la narración esta boca es mía). Antes, claro está, Payno, folletinista al cabo, se asegura la prosecución de la obra mediante el fruto del matrimonio del andaluz Fulgencio y de la judía Ana. Y Fulgencio hijo será héroe en los siguientes capítulos.

Detengámonos, aunque sólo sea unos instantes, en la catadura moral, física e intelectual de este sujeto. Es un criollo bastante rico gracias a las

leyes, no precisamente mendelianas, de la herencia. Se mostró desde joven, contra el parecer de su padre, partidario de la Independencia de México. Justo es consignar aquí que luchó por la Independencia, o que, a lo menos, desfiló y entró en la capital con los componentes del ejército de las Tres Garantías. Desilusionado de la política (ciencia social de la que nunca supo nada), fué a establecerse en la provincia, donde dedicábase a cuidar de sus perros y a sostener conversaciones insustanciales con su mujer y sus hijos. En suma: un rico hacendado tan ignorante como práctico. El retrato que de él hace Payno es digno de transcribirse íntegramente:

“...; era un hombre de cincuenta años de edad, grueso, de gran boca, ojos chiquitos, ceja muy poblada, nariz un tanto inclinada al sur, y cabello negro y lacio. Era una fisonomía vulgar, como la de tantas otras gentes, en la que el pintor, el novelista o el escultor no pueden descubrir, por más esfuerzos que hagan, nada de noble.” (Pág. 159.)

Tiene con su padre divergencias importantes. Aquél, ya lo hemos dicho, era un sinvergüenza simpático — cosas ambas que suelen ir unidas. Nunca presumió en su larga vida de ser persona culta, ni trató de dogmatizar, ni era tampoco afecto a llevar la batuta en las conversaciones. Este, por lo contrario, si bien es verdad que ayudado siempre por las circunstancias y el medio, llegó a ser diputado y túvosele por muy versado en pintura y en cuestiones sociales. Sirva para demostrar lo que acabamos de afirmar la graciosa anécdota que atribuye, gratuitamente, al *Españolito* —*Españolito*— el diputado Fulgencio:

“Una noche pasaba *El Españolito* por una de las calles de España, y una dama encubierta se asomó a un balcón y lo llamó. *El españolito*, que era valiente, entró a una pieza obscura, y luego a otra donde había luz: allí estaba la dama que lo había llamado, que era hermosísima.

—Señor *Españolito* —le dijo—, yo sé que usted es muy buen pintor, y como mi marido quiere que me retraten lo he llamado.

—Pero señora —le respondió el pintor—, no tengo pinceles ni colores.

—Aquí está todo —respondió la dama— y también el modelo de donde se puede sacar la Venus más hermosa.

*El Españolito* comenzó a pintar, y cuando estaba ya acabando el pecho, la dama dijo:

—Se me había olvidado decirle, señor pintor, que mi marido ha prometido que el pintor que me retrate tendrá que morir; y mi marido ya va a venir dentro de cinco minutos: con que es tiempo de escoger: o acabar el retrato, o marcharse.

—Señora —respondió el pintor con calma— sois tan hermosa, que prefiero quedarme y acabar de pintar tan soberana imagen.

Este rasgo de valor salvó al *Españolito*, pues el marido llegó y quedó tan complacido de la obra, que en vez de matar al artista, lo abrazó y lo llenó de honores." (Págs. 252, 253 y 254.)

Y no menos socarrón se muestra Payno, cuando reproduce en su obra el discurso que Fulgencio pronunciara en una velada organizada por la Compañía Lancasteriana ante nutrida concurrencia:

"—Señores, las palabras del idioma castellano no son bastantes para expresar lo que mi alma siente... pero, ¡oh! nunca... El espectáculo de esta desvalida juventud, el patriotismo, la... el cuando, el corazón generoso revienta. ¡Oh, Señores, el llanto embarga mi voz, no puedo continuar!" (Pág. 246.)

Y lo grave del caso es que Fulgencio hijo no dudó nunca de su sapiencia y de que todos los triunfos que obtenía en esta nunca bien ponderada ciudad de los Palacios le eran debidos. En suma: un ignorante con ínfulas de sabio y un arribista. Tipo éste que, por lo demás, perdura en todos los climas. Mas Payno toca aquí un problema que sigue siendo actual. Podríamos definirlo como el de la degeneración del hijo del español (que, como Fulgencio padre, triunfa gracias a los ardides que le sugiere su imaginación, en otros casos su incapacidad de trabajo o simplemente su industria para hacer trabajar a los demás en su beneficio) que se encuentra en el punto de arranque de su vida con todo hecho y es incapaz de reproducir, en ningún terreno, las hazañas de su progenitor.

Pero la decadencia de esta familia se acentúa en el hijo del diputado que, educado en Inglaterra, no es más que un *niño bien*, que lo único que aprendió en las universidades británicas fué vestir a la inglesa y abreviar su nombre: en lugar de Federico da en llamarse Fred. Es, pues, una familia en desastre en la que la idiosincracia va apoderándose de casi todos sus miembros en progreso ininterrumpido. La esposa de don Ful-

gencio frecuenta la ópera y sostiene que su marido es un genio. Las hijas de este matrimonio tienen por preocupación básica de sus vidas los vestidos y la caza del marido...

Por lo que al desenlace se refiere, es una novela inconclusa que Payno quiso terminar y nunca llegó a hacerlo, seguramente con la esperanza de darle proporciones más amplias.

En consecuencia, en el título *El Hombre de la Situación* no hay nada que lo justifique en lo ya escrito. ¡Quién sabe lo que hubiese ocurrido de haber llegado a ser la primera novela de un ciclo!

Sintetizando, podríamos afirmar que es ésta una novela de las llamadas de costumbres, malas o buenas, en la que lo esencial es una crítica acerba de una sociedad que fué. Un ataque salpicado de buen humor e incluso de bonhomía a personas y cosas tenidas en su época por muy respetables. Desfilan por la obra personajes bondadosos y perversos, cínicos, *cuasi decentes* y muy honorables sujetos. Pero nunca se exagera la nota, y ocurre aquí lo que sucede en la vida misma: que los entes de Payno son buenos en ocasiones, malos cuando les da por ser malos, amorales cuando la decencia les aburre y cansa. En fin, individuos equilibrados y normales. Tipos que no pueden dejar de simpatizarnos, porque Payno no nos presenta sus defectos con amargura, sino con cierta humana comprensión, como si los disculpara. Así ocurre con el Maestro Pimpinela que es un intrigante, un ambicioso... y el castigo que le impone Payno es hacerlo aparecer en dos capítulos de la obra, cuando instiga a Fulgencio hijo para que lance su candidatura como diputado y cuando, *quiera que no*, le acompaña a México y le juega cuatro o cinco malas pasadas. Y luego, en el momento de llegar a la capital Fulgencio y su tribu, el pobre barbero brilla por su ausencia. Semejante deserción es inexplicable. Quizás pensara Payno que participase el rapabarbas en capítulos posteriores que no llegaron a escribirse.

Es, en suma, una narración falta de plan, como acredita su carencia de desenlace; una sucesión de cuadros, escenas y tipos que divierten e instruyen sobre los hábitos y las gentes que vivían en el México de las cuatro últimas décadas del siglo XVIII y las cinco primeras del XIX.

CÉSAR RODRÍGUEZ CHICHARRO